
Informaciones

XXIV Reuniones Filosóficas de la Universidad de Navarra

Pamplona, 2 - 4 de marzo de 1987

Bajo el título «Sentido estético y calidad moral. El problema de las relaciones entre estética y ética», se han desarrollado las XXIV Reuniones Filosóficas, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, del 2 al 4 de marzo de 1987.

Inauguró las conferencias el profesor Joaquín Lomba de la Universidad de Zaragoza que disertó sobre el tema «Ethos, techne y kalon en la cultura griega». Su brillante exposición se centró en Platón. En este autor se dan dos tipos de experiencia completamente distintas, la experiencia de lo bello en sí y la experiencia artística que se unen en un tipo concreto de arte que es la Música. Se mostró de un modo profundo el lugar que la música ocupaba en relación a la belleza en el pensamiento platónico. Nos elevamos a la belleza en sí, a través de las matemáticas que están representadas en la belleza sensible. Entre todas las artes la música ocupa un lugar privilegiado porque imita directamente el orden y la armonía cósmica; es el patrón de todo arte y posee una armonía matemática. Esta imitación se realiza de un modo analógico-matemático racional. La música platónica es esencialmente ética y filosófica, es una sabiduría. La conclusión es que Belleza absoluta, música, ética y filosofía se identifican fundamentándose la racionalidad matemática de todas ellas en la supraracionalidad misteriosa y divina de la Belleza.

La segunda conferencia corrió a cargo de la profesora de Estética de la Universidad de Navarra, M^a Antonia Labrada y versó sobre «La belleza como libre racionalidad», definición que corresponde al pensamiento de Kant. Después de hacer un recorrido histórico de la concepción de la belleza hasta la Modernidad, expuso la innovación introducida por la estética kantiana al elaborar un concepto de arte en términos distintos a la filosofía griega. La ponente defendió la tesis de que la noción kantiana de creación artística y de

genio es una aportación propia de la cultura europea. Por primera vez se entiende la belleza como libre racionalidad, caracterizada por tres notas constitutivas; la ausencia de concepto determinado, la adecuación o coherencia interna y su revelación en forma de bien. Esto permite pensar en una obra de arte bella como resultado de una producción creadora innovadora y libre. Las obras de arte son bellas por su misma constitución ontológica. Por último mantuvo la tesis, más allá del pensamiento kantiano, de que la obra de arte es símbolo, representación o mimesis no de la acción moral como pensaba Kant, sino de aquella acción a la que se da propiamente la plena autonomía en la posesión del fin que es la praxis cognoscitiva.

Ralf McInerny, de la Universidad de Notre Dame (U.S.A.), disertó sobre la importancia de la poética para entender la ética aristotélica. La poética debe reflejar la acción humana que es moral. La tragedia es esencialmente imitación, no de personas, sino de la acción y de la vida, de la felicidad y de la miseria, porque adoptan la forma de la acción. Tanto en la acción humana, en la ética a Nicómaco, como en el tratamiento de la tragedia en la imitación de una acción humana cumplida, el resultado casual o el acontecimiento fortuito se enfrentan con un elemento irracional. Las acciones morales pueden acarrear resultados no intencionados. La tragedia nos sugiere que incluso éstos son parte de un todo inteligible porque nuestras vidas encierran un sentido que trasciende nuestras intenciones. La vida humana reúne la racionalidad de nuestros actos con el azar.

«El valor ético de la esteticidad» fue tratado por el prof. Francisco José León Tello, de la Universidad Complutense de Madrid, el cual desglosó la esencia del arte en tres puntos; el arte como imitación, el arte como expresión, el arte como formalismo estético, entendiendo los valores éticos de la esteticidad al margen de la praxis, de las ideas que expresan, si bien se debe evitar un formalismo extremo, cifrado en la exaltación de una forma vacía de contenido. A su vez, señaló que aunque una obra de arte puede poseer cualidades estéticas al margen del contenido, siempre desencadena consecuencias morales en quien la contempla. Para Tello lo que es realmente valioso, sería la obra desligada de sus intenciones. Concluyó que la esteticidad enriquece y es fundamental en nuestra época desarrollar la capacidad para la percepción de la belleza.

El profesor Manuel Migone de Eichstatt (Alemania), tituló su disertación «Sub specie aeternitatis. Ética y estética en Marcel Proust». Analizó de un modo maestro su obra «En busca del tiempo perdido». La interpretación de Migone es que Proust relata la confesión de un desarrollo espiritual sobre sí mismo y el mundo que lleva a un plano de lucidez metafísica. Todos los protagonistas son estetas en cuanto que reconquistan lo ético a partir de lo estético. Para ello es necesario el conocimiento del sujeto, de sí mismo. El protagonista intenta reconquistar a través de la memoria, estando cercana su muerte, todo su pasado. La actitud de Proust en esta obra es similar a la de Wittgenstein en cuanto que ambos afirman que ética y estética son la misma cosa porque observan los actos del hombre y el mundo desde la eternidad.

Alfonso López Quintas, de la Universidad Complutense de Madrid, nos amenizó con su capacidad narrativa que captó al auditorio en su exposición sobre «La enseñanza de la ética a través de la literatura». Propuso adoptar una postura activa ante la lectura de las obras de literatura que conduzca a desentrañar la lógica que rige los procesos humanos. Esta se centra en dos actitudes: la fascinación, es decir la no creación que lleva al aburrimiento, al tedio, al vértigo, al dejarse llevar por los acontecimientos; y por otro lado, estaría el éxtasis que supone una tensión creadora que genera alegría. El conferenciante analizó estas actitudes en diversas obras, como «El extranjero» de Camus, «Esperando a Godot» de Becket, «Yerma» de Lorca, «La náusea» de Sartre.

Las conferencias que cerraron las Reuniones fueron: la del Profesor Günther Pottner (Viena) que expuso el arte ante las exigencias de la moral. La ilustración se encuentra ante el problema de compensar la pérdida de función de la religión que ella ha provocado y sitúa a la razón en la búsqueda de un sustitutivo de legitimación de la moral. En el romanticismo este lugar es ocupado por la mitología en forma de arte. Esta es la posición de Wagner, que presenta el arte como una religión del futuro pero que no es capaz en el presente de unificar a la humanidad. Para Wagner el arte como instancia transmisora de sentido, es una fe en el poder creativo de la naturaleza humana y extrahumana. Surge de la exigencia de una representación comprensible del mito. A través de él el hombre es arrastrado más allá de sí mismo, es fundido en el gozo de no-ser distinto. Pero Wagner fracasa debido a que arte y religión no son equivalentes funcionalmente.

El Profesor Modesto Santos, de la Universidad de Navarra, habló sobre «La armonía interna de la ética». Centró su exposición en la necesidad de la libertad como fundamento de la ética, defendiendo frente a la libertad trascendental kantiana, una libertad basada en la elección y frente a la libertad como mera arbitrariedad una libertad basada en el ser del hombre y en una normatividad.

Nicolás Grimaldi, de la Universidad de la Sorbona, cerró las conferencias desarrollando el tema del «Arte y el mal». El arte es irreductible a lo que representa ya que es el mismo arte el que representa a veces el bien y otras el mal. Las cuestiones planteadas fueron: 1º) ¿es malo representar el mal? o bien a la inversa, ¿su misma representación serviría para exorcizar el mal?; 2º) si hay algo ilusorio en la esencia del arte, ¿será todo arte idólatra o será un bien la ilusión?; 3º) ¿hay una perversión igual que hay una santidad en el estilo? Para Platón y Rousseau, el arte era una seducción, pero podría tener un uso pedagógico, dar salida al mal en cuanto que nos enseña el mal para evitarlo. ¿No es esto hipocresía? Rousseau respondería afirmativamente, porque imitar es identificarse con lo que se imita. Para Grimaldi el mal estilo es el estilo inspirado por el mal; si no hubiera nada feo tampoco habría nada bello.

María Elósegui
Bilbao, marzo 1987

Jornadas sobre «Racionalidad y Postmodernidad»

Salamanca, 24 - 28 de febrero de 1987

Entre los días 24 y 28 de febrero se han desarrollado en Salamanca, organizadas por los alumnos de 5º curso de Filosofía, unas jornadas bajo el lema «Racionalidad y Postmodernidad». Tras la clausura de las mismas, se hace obligada una escueta reflexión sobre el tema. Leemos en un artículo de Javier Echeverría (Ciencia y Belleza. En «El Paseante» Nº 4) que «Verdadero, bueno y bello ya no son valores absolutos, ni mucho menos transcendentales». El problema es, en realidad, si hoy día algún tipo de valor es absoluto o transcendental.

A lo largo de estas jornadas se ha dado un repaso al problema planteado en el título mismo del programa, aunque no por ello podamos afirmar que hayamos llegado a alguna conclusión. Si partimos de aquello que dijera Eugenio Trías en «Drama e identidad» (Ariel 1984), nuestra época es una época trágica, ya que nada poseemos a lo que podamos agarrarnos realmente. Con ello enlazaría la ponencia de *Francisco Jarauta*, según el cual tampoco hay un relato sistemático, es más, el tan manido relato kantiano es, según Jarauta, Kitsch, hortera. Después de Nietzsche no se puede ser kantiano. Hoy en día hay que buscar constelaciones sin programas, «una nueva mirada» (Como diría Derrida, se trata de estar en el laberinto, pero sin el hilo de Ariadna). Sin embargo, hemos asistido a diversas reivindicaciones en la amplia gama de la historiografía filosófica. *Muguerza* reivindicó a Kant al tiempo que Carlos Díaz hacía otro tanto con Kierkegaard (más bien con su joroba), reivindicaciones que se centran en una posibilidad de la racionalidad (con minúsculas) en el caso de Javier Muguerza y de un sentimiento religioso en el de *Carlos Díaz*.

Mientras tanto *Victoria Camps* apostaba por una ética sin fundamento racional o cuanto menos, dentro del juego de reglas fácticas. Una racionalidad abstracta quedaría obsoleta en pos de un tipo de racionalidad pragmática mucho más acorde con la ética. Estamos entonces en la disputa contra una metafísica

tradicional, fácilmente justificadora de praxis sociales. Como dijo Victoria Camps, «Abandonar los aprioris es abandonar el confort metafísico», lo cual no es ninguna tragedia, sino algo mucho más divertido, el dedicarse a una «tarea decodificadora sin pretender alcanzar el discurso puro». Esta tarea decodificada, consistiría para V. Camps en:

- 1) Razón crítica: negación de lo que hay.
- 2) Mantener la tensión, la búsqueda, el diálogo.
- 3) Razonar los enunciados de valor: no justificarlos a partir de un imperativo, sino una «justificación pragmática» que significa creer que «el amor es la única ley», «el universo es infinito», «la historia es...»

En definitiva, deliberación entre distintas alternativas: dialogar, conversar, no buscar esencias.

También *Isidoro Reguera* reivindicó esta razón pragmática, si bien lo hizo a partir de diversos comentarios a la obra de Lyotard y de Rorty, autores quizás más preocupados y centrados en el polémico tema.

En definitiva, en el juego mismo del lenguaje nos hallamos como en uno de esos cuadros de Echer donde los reptiles que suben una escalera, vuelven al comienzo de la misma sin haber bajado nunca, o tal vez aquello que Octavio Paz aseguraba: «Comienzos y acabamientos se parecen»; tal vez son lo mismo metamorfoseados. Postmodernidad y modernidad son tan parecidos como un comienzo y un acabamiento. El problema de esta identidad/metamorfosis fue el de *José Jiménez*: «La atenuación de las pautas de identidad que el psicoanálisis muestra nos habla, también, de cómo la imagen de la metamorfosis se introduce en la representación de lo masculino y lo femenino en nuestra cultura. Entre «hombre» y «mujer» no hay, hoy en día, un corte simbólico fuerte, preciso, como lo hubo en otras épocas de nuestra tradición cultural. Esto se refleja no sólo en la importantísima modificación que experimentan las conductas sexuales, sino igualmente en una profunda transformación de los valores y sentidos de nuestras vidas. Crecientemente nos vemos a nosotros mismos como actores que, en el escenario del mundo, no interpretamos un papel único. Podemos ser compasivos o crueles, tiernos o duros, formales o informales y, en fin, femeninos o masculinos, según la situación de los demás participantes de la escena que vivimos. *Somos una metamorfosis continua, y cada vez nos hacemos más conscientes de ello*».

El mismo problema trató *Argullol*, para el que las etiquetas han desaparecido, siendo así que es problemático el empleo de términos como «Científico», «filósofo», «novelista», etc. Sino que los discursos se interrelacionan también en una extraña metamorfosis que lo abarca todo o nada.

De este modo, la unidad de juicios propugnada por *Víctor Gómez Pin*, estaría en estas metamorfosis donde todo se confunde y quedan poco claros los límites entre uno y otro campo, entre los diversos saberes de la filosofía, o de la ciencia; la unidad de juicios no es sino la falta de claridad entre los supuestos límites entre ciencias y letras, ética y estética, etc. Ese deplorable invento que se

llevó a cabo en la modernidad. Límites tan poco claros como los existentes entre la aquí tratada postmodernidad, y su predecesora la modernidad.

Se ha dicho que la postmodernidad es un invento para vender moda, cine y literatura, una excusa para nuevos diseños que antes no eran vendibles. Tal vez en la filosofía juegue un papel semejante, que no idéntico, y sea una excusa para continuar reflexionando ante la crisis de sistemas anteriores, ante el anunciado «fin de la filosofía»; un modo de evitar la muerte de la filosofía, aunque esta muerte se evite volviéndonos a amamantar en los pechos de la madre ya vieja. En las jornadas sobre «Racionalidad y postmodernidad» se ha vuelto a hablar de Heidegger, Kant, Aristóteles, y parece que la postmodernidad sea una nueva interpretación de lo mismo, otro modo de comentarlo, una nueva hermenéutica. Pero no podemos quedarnos ahí, «es necesario ser absolutamente modernos» (como bien diría Rimbaud); no dar un paso atrás en lo ya conquistado, para alcanzar la postmodernidad, simplemente para estar en ella. Ha muerto un dios, muere una filosofía, pero quedan duendecillos salvajes que luchan por asentarse en el Olimpo. Hay que buscarles un nuevo sitio donde sentarles, algo distinto a esos grandes tronos de antaño.

Muerto el perro se acabó la rabia. Ahora hay que descuartizar al perro para conocer la rabia.

Antonio Luis Galán Gall
y Antonio Alfonso Jiménez Sánchez

Ambito María Corral

El Ambito de Investigación y Difusión María Corral es un equipo de personas sensibles a la cultura y a la evolución de la sociedad. Desea profundizar, a la luz de los conocimientos científicos actuales, en aquellas cuestiones que atañen a la persona de hoy, trata de darles una respuesta válida y difundirla con seriedad. Pretende siempre valorar la libertad humana y el respeto a toda persona, fundamentos necesarios de cualquier grupo, con una comprensión realista y existencial.

En el mundo actual, en el que se gesta una nueva época histórica, este equipo interdisciplinar quiere aportar su ayuda a la construcción de una sociedad más justa, armónica y feliz. Investiga y promueve aportaciones desde los diferentes campos culturales, especialmente los antropológicos y sociales, y los ofrece a la difusión a través de los Medios de Comunicación Social.

El 12 de septiembre de 1984, en Consejo de Ministros, el Ambito fue reconocido como Asociación de Utilidad Pública.

María Corral (1896-1965) fue una mujer, residente en Barcelona desde su adolescencia, de profundas inquietudes humanistas que, gracias al fruto del trabajo en su arte, hecho con plena dedicación, contribuyó activamente a fundar diversas obras benéfico-formativas en Catalunya.

Las Cenas HORA EUROPEA. Entre otras muchas actividades (radio, vídeo, Jornadas interdisciplinares, mesas redondas), el Ambito ha organizado desde hace cuatro años mensualmente durante el curso académico, 35 «Cenas Hora Europea», así llamadas porque se celebran de 8 a 11 de la noche puntualmente, por la elección de los temas que en ellas se tratan y por la altura europea de los «Invitados Especiales» que los desarrollan.

Estos Invitados son tres o cuatro por Cena. Hablan sucesivamente durante unos diez a quince minutos cada uno exponiendo sus respectivos pareceres sobre

Informaciones

el objeto de la discusión. Quedan aún luego dos horas para el «Coloquio», en que pueden tomar parte todos los comensales.

Las Cenas convocan en un clima cordial, amistoso y distendido, a personas de diversas disciplinas, de todos los matices políticos y distintos puntos de vista religiosos, en un diálogo siempre muy fecundo para todos. Asisten a ellas representantes de los diversos Medios de Comunicación Social.

Estas Cenas se iniciaron también el curso pasado en el Gran Hotel de Salamanca y este año en el Hotel Tequendama de Bogotá, y en el Valle Grande en la capital de Sonora, México. En febrero en el Hotel Fénix, de Madrid. Del centenar y medio de ponentes que han participado como «Invitados Especiales», más de la mitad son Catedráticos. El resto, conocidos escritores, personalidades del mundo de la política, la sociología, la economía, ya nacionales o extranjeros.

Leticia Sobrerón